EL GUADALAVIAR.

Semanario Científico, Literario é Industrial.

OBSEQUIO A LOS SEÑORES SUSCRITORES.

El Guadalaviar insertará las composiciones de sus suscritores, siempre que merezcan los honores de la impresion.
Precio de suscricion, 8 rs. al mes en Valencia y fuera franco de porte. Sale todos los domingos.

Núm. 5.º
DOMINGO 12 DE DICIEMBRE.
Año 1858.

REDACCION Y ADMINISTRACION.

Calle Baja del Alfondech n. 1. Centro de suscriciones de D. Luis Carbonell, administrador de El Guadalaviar, donde se admiten las suscriciones y á quien se dirigirán todos los pedidos y reclamaciones.

Apuntes de Historia Natural.

De cuantos ramos ocupan al mundo científico, pocos hay en verdad, que tanto halaguen el entendimiento humano como las ciencias naturales; y sentamos esta version por que, si bien las matemáticas, únicas que pueden rivalizar, son ciencias de razon y como tales entusiasman á cuantos con provecho á ellas se dedican, están basadas en el cálculo, técnicamente hablando, y este cálculo está vedado á los que carecen siquier sea de sus elementos y por lo mismo no pueden de modo alguno esperimentar la placentera satisfaccion del que resuelve un problema ú otra de sus grandes verdades; de ahí la razon por que las ciencias naturales son mas fáciles de agradar no ya al hombre pensador y estudioso, si que tambien á las clases mas faltas de instruccion.

Como ciencias que se esperimentan, cualquier duda es desvanecida al momento sin necesidad de ulteriores estudios. Aun prescindiendo de la física, química y geología y concretándonos á cualquiera de los tres reinos de la naturaleza que tan lacónica como sabiamente difine el inmortal Lineo «Minerales crecen, Vejetales crecen y viven, animales crecen viven y sienten» ¿cuantos encantos no encierra cada uno de ellos? ¡Cuanta admiracion! Ante su grandeza se humilla la altivéz humana que en fuerza de contemplar su magnificencia, paga un merecido tributo al Creador de todo ello; con tanto mas motivo cuanto que, de todos los tres reinos, la obra mas perfecta, la de mas complicacion y armonía es, eso mismo hombre que en su gran orgullo por verse el rey de la tierra ó sea el primer ser de cuantos existen, ha llegado á asimilar su figura con la del mismo Hacedor supremo!!!

Escuchad: ¡Cuantas veces á la vista de un valle espacioso, enagenados, estasiados vuestros sentidos al reparar su feracidad y variada produccion; ó cruzados de brazos en la falda de un monte, estendiendo vuestra mirada sobre el magnífico panorama que desde allí se domina; cuantas veces repito, os habreis hincado de rodillas, rindiendo pleito homenanje al autor de tanta maravilla!

El hombre mas cínico, mas incrédulo y profano á nuestras venerandas creencias, deslumbrado, confundido en presencia del sublime y grandioso espectáculo que á sus ojos se ostenta, impelido por una fuerza que desconoce, se le vé á su vez postrarse y reconociendo la mano de Dios como causa de tan bellísimos efectos; confiesa á su pesar que, tanto órden, tanta riqueza, tanta armonía, no pueden ser obra del acaso! . . . .

Ademas: si de la abstraccion descendemos á las minuciosidades ¿no habeis visto alguna vez una de esas piedras preciosas con colores tan vivos y caprichosos que asemejan á los del arco iris y sus composiciones? Cuantas veces os habrá deleitado aspirar la fragancia de una flor, admirar la esbeltéz de una planta que cual la sensitiva se marchita al solo contacto de un cuerpo estraño? Pues ¿y ese árbol frondoso cuya magestad y potencia parece que desafie al tiempo, coloso que todo lo pulveriza? Si en nuestra rápida ojeada hemos te-

© Biblioteca Nacional de España

nido presente ejemplares del reino mineral y vejetal, justo será fijarnos en el reino animal, el mas grande ya por sus funciones ya por su condicion. ¿Quién no ha tenido ocasion de ver alguno de esos peccecillos cuyas escamas no parecen sino de oro, plata ú otro metal precioso? ¿Pueden darse melodías mas suaves que los trinos y gorjeos del jilguero y ruisueñor? ¿atavios mas regios que el plumaje de los culibrís de America? Y á qué cansarnos relatando hechos que nadie duda de su veracidad.

El NOSCE TE IPSUM ¿no os ha ocupado alguna vez? ¿Hay un sér humano de completa razon que un momento siquiera en su vida no haya pensado y deseado conocerse á sí mismo?

Los siete sábios de Grecia fueron los primeros en reconocer la necesidad, la precision que el hombre tenia de conocerse á sí mismo y en consecuencia legaron á las futuras generaciones el lema antedicho, porque abrigaban el profundo convencimiento que de practicarlo reportaríamos inmensos beneficios.

Hé aquí, pues, algunas razones aducidas, para hacer ver palmariamente lo que dijimos al principio de este escrito: «Que de cuantos ramos ocupan al mundo científico, ninguno halaga tanto el entendimiento humano como las ciencias naturales.»

(Se continuará.)

José Vicente Nebot.

Mejoras materiales de la capital.

Nos hemos equivocado: este epígrafe no vale, porque lo que queríamos decir es, que este es el lugar donde debíamos hablar de mejoras; pero por una *casualidad*, no hay ninguna de que hablar. ¡Y en verdad que es estraño en una capital de primer órden; pero á nosotros que nunca nos falta materia de que hablar, supliremos este defecto enterando á nuestros lectores de cierta reunion habida en la semana anterior entre varios sugetos de armas no tomar.

El viernes último á las doce del dia, fueron acudiendo á cierto cafe de esta ciudad una porcion de individuos que, á juzgar por sus semblantes cari-acontecidos, todos estaban iniciados en algun secreto de no muy buen agüero, pues á pesar de que entre ellos habia mozos mofletudos que ordinariamente ostentan muy buenos colores en sus mejillas, esta vez todos estaban pálidos.

Situados en derredor de las dos mesas mas recónditas de dicho local, el que parecia de mas espedicion de los concurrentes, tomó la palabra y habló del modo siguiente:

«Amigos mios, me he permitido dirijirles á ustedes la esquela de convocacion para este sitio, porque desgraciadamente hace semanas que nos venimos lamentando amargamente del cúmulo de robos que con audacia sin igual vienen perpetrándose en nuestra ciudad; tanto mas lamentables cuanto que, entre nosotros, hay algunos víctimas; pues bien; á que tomemos alguna determinacion que nos ponga al abrigo de tales absorventes se dirije el paso que, fiado en la amistad que nos une, me he permitido dar. Así, pues, cada uno está en su derecho proponiendo el medio que estime mas conducente á dicho efecto.»

—¡Ay de mí! que me han quitado el reloj. única herencia de mi padre.

—Y á mí me despojaron de cuantas prendas de valor llevaba.

—Y yo por poco no me veo como nuestro padre Adan, á pesar de la fríjida estacion que atravesamos.

—Pues á mí en vez de quitarme me dieron.

—¿Qué, qué? esclamaron varios que imaginaron que los cacos daban á unos lo que á otros quitaban.

—Salia á las nueve de mi trabajo y llevaba la ropa vieja; al revolver una esquina me halló frente á frente con dos individuos de facha patibularia, principian á registrarme, y como nada hallaron de su gusto, me regalaron tan atroz bofeton, que por poco me desmandibulan.

—¡Esto clama al cielo!

—Valencia parece el barrio de la Cité en París.

—Aquí la seguridad individual y el respeto á la propiedad es una falenda, decia uno.

—Una mendaza de las mas crasas, objetaba otro.

—En mi casa han entrado ayer oradando una pared.

—En la mia han entrado por el tejado.

—Y en la mia por la puerta de la calle, á pesar de cinco cerrojos y otros pertrechos.

—Basta, señores, basta ya de lamentaciones, lo que faltan son medidas que nos salven de tan famélica y chupoptera projénie.

—¿Qué es eso, señores, dijo un nuevo entran-

© Biblioteca Nacional de España

te; no parece sinó que están ustedes ensayando alguna geremiada ó que imitan coros de gatos? ¿De qué se trata?

—Se trata, contestó el que hacia de presidente, de poner un dique á esa cáfila de latronocturnos que nos tienen presos de un terror pánico.

—Entonces es negocio mas serio de lo que yo creia, dijo el recienvenido, pues anoche mismo, al salir del teatro, me birlaron la capa.

—Pues ¿qué tal? Eso es por variar.

—Pues que no varíen, sinó ahora la darán por los gabanes, y entonces nada me resta ya de abrigo.

—Pues al grano, señores, objetó el convocador.

—Permítanme ustedes una observacion, dijo uno poniéndose de pies; yo creo que esta materia no es á nosotros á quienes incumbe arreglar, esto es cosa del gobierno, y por lo tanto creo demás nuestras deliberaciones.

—Tiene razon, dijo una voz.

—No la tiene, contestó otra.

—¿Por qué?

—Porque el gobierno está debidamente ocupado en lo mismo, y sin embargo no bastan sus medidas. A la policía falta poco para que se le rian en sus barbas, pues ya no será el segundo robo el que se ha tratado de hacer junto al Gobierno civil, donde ésta tiene su cuartel; por lo mismo creo del caso que nosotros á quienes tan de cerca nos afectan estos juegos de manos, tomemos las medidas oportunas. Además: no leen ustedes todos los dias que no cesan de poner á recaudo los ajentes de la autoridad á muchos de los rateros, y cuantos mas se dice que han cojido, mas se multiplican los robos. Yo tengo para mí que los cacos son vampiros ó brujos que de noche se salen de la prision para hacer de las suyas, á no ser que tengan el don de reproducirse como el bacalao, y en este caso tarde ó nunca acabaremos con su semilla.

—Hé aquí, objetó otro, por donde viene á tener razon aquel célebre diputado que dijo «que la sociedad estaba fuera de su centro,» pues yo que soy parte de esa sociedad, enoche era el centro de mi capa, y hoy por desgracia ya no lo soy.

—Dice bien el amigo, mi reloj tambien está fuera del centro de mi faltriquera.

—Y yo que tampoco lo soy ya de mi talma.

—Y yo de....

—Señores, propongo que de nuestro seno vaya una comision al Escmo. Sr. Capitan general, y espuesta nuestra fundada alarma, le suplique que mande algunas patrullas por la noche, así como lo hacen cuando presumen que va á alterarse el órden público.

—Pues yo propongo que la comision se dirija al muy Iltre. Sr. Gobernador civil, y le diga que, lo mismo que en el año 48 cuando los petardos, que hagan policía diurna y nocturna.

—Pues yo digo que se le suplique á dicha autoridad que los deje dormir todo el dia, á fin de que estén descansados para la noche.

—Pues yo voy á suplicar que la compañía de fusileros se la dedique esclusivamente á este objeto, intramuros.

—Señores, nada de eso nos acomoda, porque seria fácil que nuestros proyectos quedasen en ciernes.

Lo mejor para mí es que la determinacion sea nuestra; por ejemplo, todos los delgados que se metan dentro del cañon de las escopetas, y los gruesos que pidan obuses prestados al parque y hagan lo propio.

—Señores, vaya una guasa bien intempestiva: díjo uno al parecer muy formal. Yo propongo que formulemos nuestro equipo á semejanza del sacristan de San Lorenzo en la parodia de Luchía.

—Tiene razon; y así nos temerán al vernos siempre dispuestos á darle mecha al cañon.

—Corriente, pues; aceptado por mí.

—Y por mí: y yo tambien lo acepto, y seamos de hoy mas una armería ambulante pese á quien quiera. Apenas veamos un bulto, le daremos el quién vive: no contesta bien, pues esplosion, y quiera el cielo que una vez acabemos con esa familia de garrapas y uñates y podamos discurrir libremente por las calles como en algun tiempo sucedia.

Y desfilando cada cual por su camino, entrada ya la noche, yo me dirijí á mi casa, no sin oir el eco que repetia: ¡ay mi capa! ¡ay mi talma! ¡ay mi reloj! ¡ay mi gaban! ¡ay mi dinero¡ ¡ay mi bofeton!....

José Vicente Nebot.

© Biblioteca Nacional de España

PARTE BIOGRAFICA.

ADELAIDA RISTORI.

(T. de M. de P.)

II.

No hay necesidad de preámbulo alguno para escribir la vida de Madame Ristori. En tiempos mas felices que los nuestros, y mas queridos de los poetas y de la poesía, los grandes talentos creadores, los altos intérpretes de las artes no nacian como las gentes vulgares. Un ruiseñor, pájaro de augurios muy dichosos, cantaba su gloria anticipadamente bajo el techo en que nacia, y arrullaba con sus proféticas melodías la cuna donde descansaba el nuevo jénio: las abejas de Hybla venian á depositar su miel sobre los infantiles lábios del recien nacido; las hadas benéficas, congregadas para la solemnidad del natalicio, prodigaban á la criatura los tesoros de virtud, de belleza y de talento que cabian en sus májicos conjuros.

Hoy, por el contrario, han desaparecido las hadas despues de haber estampado su último beso en la frente del nieto de un sastre, que se llama Berenguer; y no tenemos noticia de que ningun ser sobrenatural, ningun benéfico jénio, se haya sentado en forma visible y tanjible á la cabecera de la madre de Adelaida Ristori en los momentos en que ésta vino al mundo, allá en la pequeña ciudad de Civitale, en la provincia de Eroul, cerca de Udina. Ninguna hada asistió ostensiblemente á su nacimiento ni estendió entonces sobre toda su vida la consabida influencia de su tutela sobrehumana. Adelaida Ristori, hija de dos pobres cómicos, pasó por todas las vicisitudes de la profesion que la impusieron tan luego como principió á ver y entender; y jamás desde entonces ha encontrado otro apoyo ni otra proteccion que su constancia, su talento, su trabajo y los favores del público.

Antonio Ristori, su padre, y Magdalena Pomatelli, su madre, pertenecian á la compañía Cavicchi, una de las sociedades nómadas que recorren con suerte y aventuras desiguales cien ó doscientas ciudades de Italia. Adelaida hizo su primera salida á la escena a la edad.... de dos meses: figuraba entonces echada dentro de un canastillo en una pieza titulada *Los regalos de año nuevo*. Cuando cumplió cuatro años empezó ya á recitar papeles de niños, que desempeñó esclusivamente hasta llegar á los doce años: con esta edad fué por primera vez contratada por el famoso actor y director Moncalvo, empezando á desempeñar papeles de criada, confidenta y de dama, género que fue sin duda el que le permitió hacer á los catorce años y por vez primera el papel de Francesca de Rimini en la trajedia de este nombre. Poco tiempo despues dió para su beneficio la representacion de una pieza arreglada del francés por Juan Borghi, á la sazon el primer autor cómico de Italia, y llamada *Los dos fantasmas*.

No tardó Adelaida Ristori en alcanzar cuan difícil era hacer algun progreso en el arte dramático, viviendo siempre de la manera errante é incierta con que lo hacen las compañías nómadas condenadas á plegarse á las exigencias de públicos atrasados y de escenarios subalternos. Aceptó, pues, muy gozosa una ocasion qne se le presentaba, y entró en la compañía de artistas del rey de Cerdeña, dirigida entonces por el *Capo-cómico* Gaetano Bazzi, el director mas habil é inteligente, sin duda alguna, de cuantos tiene la Italia. Bazzi es el autor del mejor, ya que no digamos del solo, tratado de declamacion dramática que existe en aquel pais; y á mas de los consejos de su ilustrado maestro, halló madamiselle Ristori, entre sus nuevos compañeros, un afecto de madre y las lecciones de un escelente profesor, todo reunido en la admirable actriz Carlota Marchionni. Acababa entonces nuestra trájica de cumplir quince años.

(Se continuará.)

El domingo anterior tuvimos el gusto de asistir á la esposicion familiar y amistosa que Don Miguel Blasco y Usedo, Fiscal de la Audiencia de esta capital, ha hecho en su casa de las obras de su jóven hijo D. Aurelio, natural de Onteniente y discípulo en Valencia de D. Salvador Girona y de la Academia de San Cárlos, y en la córte del Sr. D. Antonio Gomez y Cros, pintor de Cámara de S. M., tambien valenciano, donde á mas de una numerosa coleccion de dibujos, admiramos otra gran coleccion de cuadros al óleo de esquisito gusto. Entre éstos descuella un San Joaquin, una Dolorosa, un San José y otros, que revelan el delicado gusto y conocimiento en el arte de su autor.

Lo que mas nos sorprendió, fue el saber que dichas obras son resultado de solos dos años de estudio, circunstancia que á no ser por un ta-

© Biblioteca Nacional de España

lento como el del jóven Aurelio, nos pareceria increible. Siga, pues, nuestro estimado compatriota con perseverancia en el estudio, y llegue un dia á dar gloria á su patria cual otro Juan de Juanes, y sus dichosos padres verán premiados sus desvelos.

CRÓNICA.

Datos para un coronista. En cierta aldea, cuyo nombre no es del caso, figuraba como la primera persona un individuo célebre por mas de un concepto, pues decia en tono de magister «que tenia por muy necios á los hombres que pasaban su vida estudiando y calentándose la cabeza, sin otro móvil que el de saber, supuesto que entre todos los del mundo lo sabíamos todo;« empero no es esto solo lo que mas nos llamaba la atencion en aquel axiomista suigeneris. Tenia cerca de 70 años y sus viajes jamás llegaron mas allá que al pueblo cabeza de partido, mas en sus ensueños creyóse gran viajero, y por apéndice añadia que era uno de los íntimos y particulares amigos del Sr. D. Fernando VII y la reina Doña Amalia; y el pobre lo hacia tan cierto, que al referir las pruebas de amistad que dichos monarcas le dispensaban, sino se le creia gran diplomático y palaciego, no dejaba duda acerca de su candor en grado superlativo.

—Yo, decia, recuerdo que la última vez que fuí á ver al rey Fernando eran las nueve de la noche cuando llegué á su casa, y en consecuencia ya estaba acostado; apenas llamé á la puerta y me conoció por la voz, se tiró al suelo y vino á abrirme, y despues de darme un fuerte abrazo, empezó á gritos con su mujer, diciéndola: «Chica, Amalia, prepara la chocolatera mientras yo voy por leña para encender buena lumbre, pues nuestro buen Pedro trae frio y hambre.

Si creeria tambien este buen hombre en sus innatas creaciones que el rey se mantendria con el producto de hacer carbon en el monte...

Etcétera por etcétera. Teniendo que hacer una reclamacion al juzgado cierto paleto, se dirigió en casa de un abogado para que le confeccionase un pedimento. Hecho este, se lo leyó el jurisconsulto, y al llegar al final de la suplicata, notó el paleto aquello de «Pido justicia, juro, etcétera; por lo que preguntó que qué significaba aquello de la etcétera; á lo que el abogado le contestó que aquella era una fórmula que usaban ellos, y que queria decir «lo que seguia, á lo que es lo mismo; abreviatura que ya el tribunal entendia.

—Bien, bien: y diga V., ¿cuánto vale este escrito?

—Cuarenta reales

—Bueno, dijo el cliente: y sacando cuatro pesetas del bolsillo.

—Tome V. una, dos, tres, cuatro, etcétera, etcétera, etcétera.

—¿Qué es esto? Objetó el abogado.

—Ahí tiene V. cuatro pesetas y tres etcéteras, que quieren decir las que siguen. Es una abreviatura que nosotros entendemos.

J. V. N.

TEATROS.

Hay ciertas cosas que si las vemos en globo nos suelen dar solemnes chascos

Así cabalmente nos ha sucedido con ciertos músicos de aldea que jactándose de *sábios* profesores han echado á volar la pluma por esos mundos artísticos haciendo alarde de su gracejo y donaire con frases nada gastadas, *eso sí*, ofreciendo conciertos (nuevos por supuesto) entretenidos y alegres, y qué sé yo cuántas otras lindezas mas. Nosotros, al ver tan rimbombantes anuncios, nos prometimos pasar unos ratos bonísimos... vimos la primera funcion, y ¡ay madre Claudia! cambiando la oracion por pasiva, desaparecieron las ilusiones... Todo se nos representó como cuando suvimos la escalera de una casa en donde se advierte un farol muy grande y que no acertamos á dónde poner los pies por ser su luz tan escasa y diminuta.

Los músicos, ó propiamente dicho sopladores de hornillo, de puro soplar estaban hinchados como pellejos de vino. Los ojos parecia que se les iban á saltar de sus órbitas. ¡Pero cuántos disparates, Dios mio!... ¡Qué cencerrada! Cada uno iba por su lado produciendo una algarabía infernal... ¡Y qué insufribles berridos echaba uno que quiso cantar!.... ¡Pobre diablo!... compasion nos daba oirle... en fin, todo farsa.. Farsa y nada mas. ¿Para qué queremos ir á los teatros á ver comedias cuando en la escena del mundo vemos un eterno espectáculo en donde toman parte tantos tontos con elevadas pretensiones, como necios y pobres de espíritu en realidad?.. Pero dejemos á músicos de tan mal gusto, oido duro y peor embocadura, que ni un *si bemol* saben dar con limpieza, y vámonos á oir buenos cantantes

Teatro de la Princesa. Se puso en escena *La Cantinera de los Alpes.*

Antes de pasar adelante, nos es forzoso hacer una observacion á la empresa, y es que en Valencia, donde el estado pecuniario de gran parte de los que concurren á los teatros no es el mas satisfactorio por causas que no creemos prudente ahora enumerar, nos parece un cálculo enteramante errado el querer alterar el precio de las entradas en ciertas funciones.

En el público Valenciano hay mucha aficion á los espectáculos, pero nó á pagarlos caros. Porque la clase jornalera, que es la que dá las grandes entradas en noches determinadas, cuenta con escasos recursos. Por consiguiente, siendo esta cuestion una de las mas esenciales y que á todos los concurrentes nos toca sentir, desde hoy aconsejamos á la empresa que si quiere tener buenas entradas, que además de poner las funciones variadas y como es debido, que no ponga los precios subidos. Y al público, que siempre y cuando le hayan de costar caras las entradas, que no acuda al teatro. Medio por el cual

© Biblioteca Nacional de España

herirá la parte mas sensible de los empresarios, y lograremos ver las funciones baratas.... Volvamos, pues, á nuestra *Cantinera*.

El teatro estaba bastante animado. La orquesta acompañó con precision marcando bien los claro-oscuros.

Al principio creimos que esta partitura se hallaba algo fuera del alcance de las facultades de que disponen los que la desempeñaban; pero vimos con gran satisfaccion nuestra que nos habiamos equivocado. La señora Moreno cantó con el acierto y maestría de siempre, y su voz arjentina y en estremo simpática nos llenó de entusiasmo, especialmente en el duo de tenor y tiple del segundo acto, donde el señor Cortabitarte estuvo tambien muy feliz, y el auditorio les palmoteó con gusto.

Di-Franco, si bien le vimos decaer en el recitado algunas veces, en el canto, con la misma inteligencia de costumbre. Nada nos dejó por desear, muy particularmente, en el rondó del último acto en que la protagonista y él estuvieron admirables. En esta zarzuela, Di-Franco podrá lucirse mucho.

Finalmente la señora Moreno desempeñó su papel con envidiable perfeccion. Era el verdadero tipo de una cantinera de campaña, de generosidad, de valor, vivaracha y de grandeza de alma. Y aquellas felices melodías que el insigne Donizetti puso en boca de la protagonista, fueron revestidas por esta eminente actriz con pureza y sobriedad de medios; con el sentimiento espiritualmente artístico que con tanta naturalidad sabe espresar. No sucedió asi en *Campanone* que, aunque nos duela el decirlo, en esta semana alcanzó una ejecucion desagradable.

Hemos visto despues *La boda de Quevedo*. La señora Toral (Doña María) como siempre, bien. En el señor Prats hubiéramos deseado mas animacion. Abad va ganando terreno. En este jóven vemos cualidades buenas; aplicacion al estudio y deseos de agradar. Animo, pues, señor Abad, constancia, y adelante. La Cruz, aunque lleva la pesada carga de los años, nos gustó mucho, y el público supo recompensar sus esfuerzos.

Tambien hemos tenido el gusto de admirar al distinguido bailarin señor Perez; y á la simpática Cristina Mendez y su hermano que siguen conquistándose los aplausos y estimacion del público.

TEATRO PRINCIPAL. El miércoles se puso nuevamente en escena en este coliseo, el escelente drama en tres actos y en verso, del señor D. Luis Mariano Larra, *La Oracion de la tarde*. El objeto principal de esta composicion es altamente moral, y aunque con algunos lunares propios de toda clase de obras, contiene trozos bellísimos. Hé aquí una corta reseña de su argumento.

D. Diego de Mendoza, padre de una niña de corta edad, llamada Margarita, en cuya compañía vive tambien otra jóven llamada María, habita en un pueblo de las cercanías de Madrid allá en los años de 1718, época en que pasa la accion. Se enamora de María un capitan de un tercio que se hallaba acantonado en el mismo pueblo, y María, que cree que habia sido acojida por caridad en la casa de Mendoza, le corresponde tambien. El capitan le pide á D. Diego la mano de María; quiere saber Mendoza algunos pormenores de su vida; y al decirle el amante su linaje y su nombre, descubre D. Diego que es hijo del seductor de su esposa, del cual habia prometido vengarse. Despiértase la rabia en su pecho al recuerdo de su honor ofendido, le refiere la historia que amargó su vida, y le reta al capitan que admite y se exaspera al oir insultar el nombre de su padre. Pero al partir ambos al combate, aparece la niña que sale á leer á su padre la *Santa Biblia* segun tenia costumbre de hacerlo todos los dias al toque de la oracion. Cálmase D. Diego y el capitan, y al oir los divinos preceptos que aconsejan se perdone al enemigo sin guardar rencor á nadie, avergonzados y confusos al ver á dónde les arrastraba la cólera, se perdonan mútuamente. Reconoce Mendoza á María por su hija, y el capitan á ésta por su hermana.

Hé aquí las redondillas que el autor pone en boca de la niña cuando se lamenta de la vida tan retirada y triste que lleva María.

MARGARITA. ¡Voy á pintarte tu vida,
á ver si malicio en vano!
Al punto que te despiertas
y yo á escondidas te miro...
lo primero es un suspiro
que casi á exhalar no aciertas.
Te levantas mientras tanto,
y vas con Beatriz á misa....
tu oracion no empieza en risa...
pero siempre acaba en llanto!
Vuelves con los ojos rojos,
y que yo lo miro ignoras....
Cuando mas pasan las horas,
mas se enrojecen tus ojos.
Vas al huerto, de sus plantas
y de sus encantos gustas,
si alguien te llama te asustas,
y si te miran te espantas.
Te ven, si sales quizas,
por el monte y sus veredas;
si hay fiesta, en casa te queda s,
si hay baile, tú nunca vas.
Por la noche te colocas
cabe la luz á bordar,
los ojos sin leventar
de los estambres que tocas.
Y... no sé si con el frio,
sobre una flor ya bordada, *(con intencion.)*
alguna lágrima helada
va á servirla de rocío.....
Yo lo he visto.... mi mirada
nunca de inexacta peca....
la lágrima estaba seca....
pero la flor muy manchada.
. . . . . .
Tu sueño es harto intranquilo,
y alguna vez me despierta.,..
Si no es la pintura cierta
de tu vida..... ¡dílo... dílo!

Otro dia nos volveremos á ocupar de este drama que tanta gloria proporciona á su autor.

La ejecucion fué esmerada distinguiéndose muy particularmente el señor Garcia Parreño y la niña Argüelles.

Por todo lo no firmado,

JUAN B. VIÑARTA.

EDITOR RESPONSABLE: JUAN B. VIÑARTA.

VALENCIA.
IMPRENTA DE D. JOSE MATEU GARIN.

© Biblioteca Nacional de España